

The Project Gutenberg eBook of El infierno del amor: leyenda fantástica, by Manuel Fernández y González

This ebook is for the use of anyone anywhere in the United States and most other parts of the world at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this ebook or online at www.gutenberg.org. If you are not located in the United States, you'll have to check the laws of the country where you are located before using this eBook.

Title: El infierno del amor: leyenda fantástica

Author: Manuel Fernández y González

Release Date: May 27, 2009 [EBook #28978]

Language: Spanish

Credits: Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <https://www.pgdp.net> (This book was produced from scanned images of public domain material from the Google Print project.)

*** START OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK EL INFIERNO DEL AMOR:
LEYENDA FANTASTICA ***

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

~~~~~

## **EL INFIERNO DEL AMOR.**

**LEYENDA FANTASTICA.**

MADRID:  
**GASPAR, EDITORES**  
4, PRÍNCIPE, 4.

—  
1884.

AL JOVEN ATENEISTA  
DON MANUEL LOPEZ ARZUBIALDE.

*Mi querido amigo: Leyendo lo que yo he escrito para mi velada del Ateneo, en el presente año, ha colaborado usted conmigo, dando á mis versos la sonoridad, que yo, por mis años y por mis achaques, no hubiera podido darles; gracias, muchas gracias, y considere usted que al dedicarle este trabajo precipitado, hecho durante una dolorosa enfermedad, lo hago, más que como otra cosa, como una sincera manifestacion de afecto.*

Manuel Fernández y González.

31 de Mayo de 1884.

INTRODUCCION.

I.

El alma alentando la fe que la llena,  
flotando en espacios de luz y armonía,  
con habla sonora que blanda resuena,  
mi musa, en sencilla veraz cantilena,  
hermosas oyentes, su voz os envia;  
Dios haga que ledas la péñola mia  
honreis aceptando su fruto humilde;  
así la fortuna con signo dichoso  
os dé largos años de amor y alegría.

II.

Yo soy de una tierra de eternos verjeles,  
do en grutas sombrosas de altivos laureles  
se aspira la gloria del nombre español;  
do corren las fuentes por cauces de flores,  
do vagan rientes graciosos amores,  
do brilla cual oro la lumbre del sol.

Do alienta la vírgen de tez africana  
de espíritu ardiente, cual lava que emana

del cráter profundo de hirviente volcán,  
la luz en la frente del alba serena,  
el fuego en los ojos que al alma enajena  
en dulce mirada de lánguido afán;  
el seno que alienta potente latido,  
que inquieto, al impulso del fuego escondido,  
el alma revela que sueña el amor;

la leve sonrisa del labio hechicero  
que fresco y purpúreo ya exhala agorero  
un triste gemido de vago dolor;

la planta que leve las flores no mata;  
la crencha sedosa que el viento desata  
y rico perfume difunde al flotar;  
la dulce morena de acento suave,  
gacela que trisca, fantástica ave  
que el alma adormece con blando cantar;

magnolia en que toma su esencia la brisa,  
suspiro del cielo, divina sonrisa  
del ángel que guarda la dicha sin fin;  
hurí que en los sueños vagó de Mahoma;  
arcángel humano que esconde en su loma  
velado por flores el alto Albaicín.

### III.

¡Granada, mi Granada! yo soy tu peregrino  
que vago en lo pasado, buscando gloria y fe:  
yo tengo entre sepulcros abierto mi camino,  
é impúlsame potente la mano del destino,  
á recibir aliento de lo que grande fué.

Al rayo de la luna que cruza solitaria  
del infinito espacio por la region azul,  
yo elevo á los que fueron mi lánguida plegaria,  
y rompe de sus tumbas la losa funeraria  
el canto que suspira gimiendo mi laud.

Y villas olvidadas que muestran sus almenas,  
levántase á mis ojos la vieja catedral,  
recobran sus escombros aljamas sarracenas,  
y resonar escucho las ásperas cadenas  
al desplomarse el puente de torre señorial.

Un mundo, que ya es polvo, se eleva en torno mio,  
un pueblo, que ya es sombra, me signe por do quier,  
y del presente, pobre, descolorido y frio,  
los soñolientos ojos aparté con hastío,  
buscando las grandezas del olvidado ayer.

Yo soy cantor de glorias; las hadas me han contado  
leyendas prodigiosas que yo te cantaré:  
yo soy tu bardo errante de sueños coronado:  
yo arrancaré á las sombras de su sepulcro helado,  
y voz, y aliento, y vida, potente les daré.

¡Granada, mi Granada! aportillada y rota,  
hundidos tus alcázares, desierto tu Albaicín,  
ni tu pendon bermejo en Bib-Arrambla flota  
ni en tus marciales fiestas ondula la marlota  
del lidiador zenete ó el fiero mogrebin.

Pasaron, y con ellos tus zambras, tus cantares,  
tus damas, escondidas en el celoso haren,  
de encantos y proezas tus cuentos singulares,  
tus amorosas pláticas en rejas y alfeizares,  
y en la callada noche los sueños de tu eden.

Pasaron; fiera, altiva, su incontrastable garra  
ascética, terrible, en tí clavó la cruz,  
y tu gemido triste, que el corazón desgarró,  
sin recordar tu pena, al són de su guitarra,  
en la doliente *caña*, repite el andaluz.

¡Granada, mi Granada! fantástica leyenda  
de amor y desventura hoy tengo para tí;  
concede al amor mio que de ella te haga ofrenda  
y un beso de tu boca que, mágico, en mí encienda  
la inspiración ardiente que un tiempo te debí.

~~~~~

PRIMERA PARTE.

~~~~~

### I.

En una calle  
que tortuosa  
con sus aleros  
la luz estorba;  
medrosa y lúgubre  
cuando las sombras  
de la alta noche  
la envuelven lóbregas,  
calle que llaman  
de la Almanzora,  
en la opulenta  
rica paloma  
de las ciudades,  
que el nombre roba  
á la Granada  
que la blasona,  
hay una casa,  
que hoy se desploma,  
cuyas paredes  
el viento azota,  
la lluvia inunda

y el sol empolva;  
abandonada  
se desmorona,  
los jaramagos  
en ella brotan  
y entre ruinas  
doliente asoma  
el arco bello  
que un tiempo alcoba  
fué de la linda  
Leila la Horra.

## II.

En otros tiempos remotos,  
dolor de la gente mora,  
que de Granada recuerda  
la prepotencia y la gloria,  
aquella casa, hoy hundida,  
alcázar fué y noble joya  
de bravos Benimerines,  
noble linaje que goza  
por sus preclaras hazañas  
alto renombre en la historia.

Ben-Jucef el Meriní,  
de aquella casa que doran  
la opulencia y la grandeza,  
es el sostén y la honra,  
y su luz y su delicia  
es Leila la encantadora,  
la de los negros luceros,  
la de la faz majestosa,  
la de los cabellos de oro,  
la de la purpúrea boca,  
la de la ebúrnea garganta,  
la del talle de diosa,  
la del seno palpitante,  
la altiva, la que enamora  
al que su belleza mira  
si el céfiro la destoca,  
ó al que su cantar escucha  
en la noche silenciosa,  
si al pié de sus miradores  
pasa por su mal ó ronda.  
Por pudorosa y honesta  
la llaman Leila la Horra,  
y tambien Leila la Hijara  
porque su pecho es de roca:  
y ella, el amor ignorando,  
de su adolescencia goza,  
como el naciente capullo  
que aún no desplegó sus hojas.

## III.

Pero llegó muy presto  
su edad florida,  
pasó su adolescencia  
dulce y tranquila,  
y los insomnios  
encendieron en fiebre  
sus bellos ojos.

Si ántes era una rosa  
por linda y fresca,  
es ya la triste niña  
blanca azucena,  
que sufre y llora,  
y lágrimas y penas  
la descoloran.

Y aunque el viejo la guarda  
como un tesoro,  
de las miradas torpes  
de avaros ojos,  
y celosías  
no dejan ver su encanto  
que el sol codiciá;

y aunque esclavos feroces  
y muros densos,  
á audacias de galanes  
ponen respeto,  
ama la hermosa,  
que no hay puertas ni muros  
que amor no rompa.

Nace en la ardiente vida  
y allí se esconde,  
que el alma tiene el gérmen  
de los amores,  
y comprimidos,  
se exhalan misteriosos  
en los suspiros.

#### IV.

Y tales los de Leila se exhalaron,  
tan apenados, tan profundos fueron,  
tan claro al padre su dolor contaron,  
que sus fieras entrañas abrasaron  
y su altivez indómita rindieron.

—«¡Ah de la vida y su tormenta brava!—  
siniestro el xequé murmuró, y sombrío:—  
¡Surge á la luz la mariposa esclava,  
el dormido volcan revienta en lava,  
el arroyuelo se convierte en río!»

Y tembló: formidable en su memoria  
se alzó horrible, cual lúgubre agonía,  
cual tremenda vision expiatoria,  
la infinita amargura de su historia,  
dolor tras de dolor, día por día.

¿Dónde estaban los lauros triunfadores  
que arrancó de las lides su pujanza?  
¿Dónde sus horas plácidas de amores?  
¿Dónde las tiernas, las fragantes flores,  
sér de su sér y luz de su esperanza?

El ciego incontrastable torbellino  
rugiente se abatió sobre su casa,  
cual fuego intenso, destructor, sanguino,  
que al soplo misterioso del destino

deja luto y horror por donde pasa.

Sus mujeres las frentes doblegaron,  
sus hijos en sus cunas se extinguieron,  
los años con su peso le agobiaron,  
y ya débil en brazo, se agostaron  
los altos lauros que su faz ciñeron.

Todo perdido en sueños de agonía  
y en el delirio del dolor flotaba;  
todo en su corazón rugiente hervía,  
y Leila sólo á su afanar reía  
y con su dulce amor le consolaba.

¡Y ella también, el último tesoro,  
la flor preciada de esplendor naciente,  
ya en los ojos de luz acerbo el lloro,  
y los reflejos de sus trenzas de oro  
como nimbo fatal en su alba frente!

—«¡Oh santo Allah!—las ansias exclamaron  
del postrado Jucef:—¡Oh Dios sombrío!—  
y en sus ojos las lágrimas brotaron,  
y por su blanca barba resbalaron  
cual transparentes gotas de rocío.

## V.

¿Por qué su maldición? Pasan los años,  
pero no pasan nunca las memorias,  
que en la conciencia ennegrecida encienden  
siniestra luz entre la oscura sombra.  
No, de la infamia el torcedor recuerdo  
nunca el dolor y la vergüenza borran;  
nunca de la crueldad la horrenda imagen  
el sentimiento conturbado ahoga,  
ni el crimen de brutales apetitos  
en las alas del tiempo se evapora.  
¿Qué fué de aquella triste, profanada  
entre el horror de noche tormentosa,  
al resplandor del implacable incendio  
que las cabañas míseras devora,  
muertos los padres, los hermanos muertos,  
al pié de la tajada escueta roca  
que vecina á la playa de Almuñécar,  
eternas baten las inquietas olas?  
Ellas, subiendo, largas se llevaron,  
léjos, muy léjos, las cenizas rojas;  
ellas, envueltas en su hirviente espuma,  
al fondo de la gruta tenebrosa  
lanzaron los cadáveres, y el alba  
cuando, indecisa, esclareció la costa,  
no encontró los vestigios miserables  
de la infame tragedia pavorosa.  
Pero no borró el mar de igual manera  
en Jucef el recuerdo, que no hay onda  
que lave la conciencia y que se lleve  
lo que al hinchado corazón sofoca,  
lo que en el alma perdurable grita,  
lo que eterno ante Dios sangriento llora.  
Y por eso Jucef del mirab santo  
la blanca piedra con la frente choca,  
y ruega á Allah con llanto de agonía

VI.

Pero como Dios no oye  
á los réprobos, y el llanto  
de Jucef mojaba inútil  
las losas del santuario,  
y el semblante entristecido  
de Leila más y más pálido  
se mostraba, y más sus ojos  
ardientes, febriles, lánguidos,  
el cuidado paternal  
por ciego dió en el engaño.  
No vió que el amor es vida  
cuando anhela un sér soñado,  
y anhelándolo le goza,  
y se sublima esperándolo.  
Creyó que la helada muerte  
ya alzaba el horrible brazo  
sobre la rubia cabeza  
que era su vida y su encanto,  
y viendo que Dios no oía  
sus ruegos, se volvió al diablo,  
con la rabiosa esperanza  
del que está desesperado.  
La casa, hasta entónces triste,  
de Jucef ardió en saraos,  
en zambras y en regocijos,  
y entre el giro acompasado  
de indolentes bayaderas,  
resonó sentido y largo,  
como el suspiro del viento  
de la palma en el penacho,  
al compás de guzlas de oro,  
el melancólico canto  
del desierto, que suspira  
el beduino cansado,  
que sigue á la caravana  
en sus amores soñando.  
En Bib-Arrambla hubo justas,  
cañas, sortijas y bravos  
toros de Ronda, en que, audaces,  
sus rejoncillos quebraron  
caballeros de gran prez,  
que ambicionaban el tálamo  
de la incomparable Leila;  
y aunque el mismo Rey, lanzado  
á la arena y vencedor  
en su triunfo confiando,  
del airon de grana y oro,  
con gran peligro arrancado  
de la cerviz de una fiera,  
á sus piés la hizo regalo,  
al agradecerlo ella  
lo dijo con tal desmayo,  
que harto claro se entiende  
lo inútil del agasajo.  
Al fin ya de todo punto  
loco Jucef é insensato  
hizo venir de Marruecos,  
en fuertes jaulas cerrados,  
seis viejos leones rojos



para en la vega soltarlos,  
y probar si en la árdua caza  
algun galan abrasado  
por los encantos de Leila  
lograba al fin el milagro  
de hacerse amar de la hermosa  
por gentil y por bizarro,  
que aquel que embiste á leones  
por lograr un fin ansiado,  
para no amarle es forzoso  
tener corazon de mármol.

## VII.

El dia va falleciendo,  
en fúlgidos resplandores  
se va el ocaso encendiendo,  
y ya *las sombras mayores*  
de los montes van cayendo.

Sobre la cumbre nevada  
del Veleta, sonrosada  
por el rojo sol poniente,  
alza la luna la frente  
por nubecillas velada.

Por el ameno pensil  
del soto corre el Genil  
entre floridas riberas,  
y las gallardas palmeras,  
y la alameda gentil,

y en peñascos y en colinas  
los nopales, las encinas,  
responden en són amante  
al beso fresco y errante  
de las auras vespertinas.

Bajo la enramada espesa,  
clara y profunda la presa  
como un espejo se tiende,  
y en blancos chorros descende,  
y en su murmurio no cesa.

Leve el humo en la alquería  
revela el fuego que arde  
en el hogar, y á porfía  
dan las aves su armonía  
á la oracion de la tarde.

Todo es fresco y perfumado,  
la vega, el soto y el monte;  
y el valladar azulado  
de las sierras, anegado  
en el distante horizonte,

Para tener siempre á raya  
al cristiano en la frontera,  
porque ya la luz desmaya,  
va previniendo la hoguera  
en sus torres de atalaya.

Que en la tregua Alfonso afloja,

y ya blanden la cuchilla,  
en las quebradas de Loja,  
con gentes de la Cruz Roja,  
los Infantes de Castilla.

En tanto el sol apresura  
su ocaso, y con largos brillos  
en las cúpulas fulgura  
de Granada, que en la altura  
muestra sus fuertes castillos.

## VIII.

Por un sendero  
que al soto baja  
un bello jóven  
gallardo avanza.  
Al aire ondea  
su toca blanca,  
caftan le cubre  
de burda lana,  
su talle ciñe  
revuelta faja  
que el curvo alfanje  
sostiene y guarda;  
cubren sus piernas  
rudas abarcas,  
y el carcax lleno  
de fuertes jaras,  
y la ballesta  
sobre la espalda,  
y el cervatillo  
que al hombro carga,  
revelan, cierto,  
que es pobre y caza,  
y que cazando  
su vida gana.  
La res sangrienta  
deja en la grama,  
y en una piedra  
que besa el agua,  
se sienta y mira,  
miéntras descansa,  
absorto, inmóvil,  
la faz nublada,  
el sonoro  
raudal que canta,  
y sobre el lecho  
de piedras salta,  
y allá se pierde,  
y allá se escapa,  
cual las mentidas  
sombras livianas  
de los ensueños  
de la esperanza.  
Tal vez Ataide,  
que sufre y ama,  
ve en la corriente,  
pasando rápida,  
su vida entera,  
su vida ingrata,  
en fugitivas  
sombras fantásticas,

y en voz de llanto  
doliente exclama:  
«¡Ay vida triste!  
¡Corriente amarga!»

Sus negros ojos  
lucientes lanzan  
fulgores lúgubres,  
siniestras ráfagas,  
cual si en su seno,  
con furia insana,  
se revolviese  
tormenta brava.  
Hay negros días  
de horas menguadas  
en que anochece  
por la mañana.  
Consigo traen  
nubes de lágrimas  
y el duro cierzo  
que hiela el alma.  
¡Desheredado  
desde la infancia!

Los años vienen,  
corren, avanzan;  
el niño es hombre,  
la madre anciana,  
y el raudal ciego  
de la desgracia  
siempre les dice  
con voz aciaga:  
«¡Ay vida triste!  
¡Corriente amarga!»

Hondos suspiros  
Ataide exhala,  
que un imposible  
su sér abrasa,  
y al dueño hermoso  
que así le encanta  
decir no puede  
sus tristes ansias;  
que ella es orgullo,  
prodigio y gala  
de la hermosura,  
la vírgen lánguida,  
la de las ricas  
trenzas doradas,  
ojos de fuego,  
frente de nácar,  
la dulce niña,  
la altiva dama,  
Leila la Horra,  
Leila la Hijara.  
¡Él tan humilde,  
y ella tan alta!  
¿Su amor en donde  
potentes alas  
hallar pudiera  
para alcanzarla?  
Y el pobre mozo  
por sus entrañas  
siente que corre

hiel que le mata,  
algo que horrible  
su sér desgarrar;  
y en el gemido  
de su garganta  
decir parece  
con voz ahogada:  
«¡Ay vida triste!  
¡Corriente amarga!»

La vió en las fiestas  
de Bib-Arrambla,  
resplandeciente  
como una hada;  
hada sombría  
doliente y pálida.  
¿Por qué tan rica,  
tan codiciada,  
de la hermosura  
gentil sultana,  
así insensible  
y así postrada?

¿Por qué en el Coso,  
quebrando cañas,  
lidiando toros,  
rompiendo lanzas,  
cien caballeros  
de gran prosapia,  
que prez y orgullo  
son de Granada,  
deslumbradores  
de ricas galas,  
lucientes joyas,  
bruñidas armas,  
sobre fogosos  
potros del Atlas,  
que el Coso barren  
con sus gualdrapas,  
en las cuadrillas  
giran, se travan,  
como un torrente  
de fuego pasan  
junto al estrado  
de la acuitada,  
y sus preseas  
ante sus plantas  
ansiosos ponen,  
sin que una vaga,  
leve sonrisa  
conmueva plácida  
su hermosa boca,  
ni en dulce llama  
sus negros ojos  
lucientes ardan?  
¿Por qué tal pena,  
desdicha tanta?  
Y cual si el sueño  
que á Ataide embarga  
fuese un conjuro  
que la evocára,  
en los fulgores  
raudos de plata  
que á la corriente

la luna arranca,  
Leila aparece  
trasfigurada,  
los negros ojos  
ardiendo en llamas,  
voraz sonrisa  
mostrando avara,  
suelta la lengua  
crencha dorada,  
que en su aureola  
radiante baña  
las maravillas  
de su garganta,  
sus curvos hombros,  
su seno que alza  
aliento inmenso  
que gime y canta  
y en poderoso  
volcan estalla.  
Leila le absorbe,  
Leila le abarca  
en el encanto  
de su mirada,  
Leila le expresa  
cuantas fragancias,  
cuantas ternuras  
enamoradas,  
las almas sienten  
que se embriagan  
en el misterio  
que amor se llama.  
Dura un momento  
la vision mágica,  
la onda en que flota  
léjos la arrastra,  
y Ataide dice  
con voz que espanta:  
—¡Hay vida triste!  
¡Corriente amarga!

## IX.

Ya el crepúsculo en la noche  
lentamente se va hundiendo;  
con más esplendor la luna  
brilla en el límpido cielo,  
y en la inmensidad perdidos  
resplandecen los luceros.  
Es ya tarde: cuidadosa,  
sin duda en ferviente rezo,  
la infeliz Ayela aguarda  
al hijo que es su consuelo,  
su solo amor en el mundo,  
su solo dolor acerbo.  
De la piedra se alza Ataide  
conmovido y macilento,  
y sobre su res se inclina,  
cuando un cavernoso estruendo,  
atronador, formidable,  
indescriptible, siniestro,  
voz pavorosa de muerte,  
que aún resonante á lo léjos

hiela la sangre de espanto,  
pone de punta el cabello,  
retemblar haciendo al soto  
despierta aterrado al eco.  
—¡Ah! ¡el leon!—Ataide exclama,  
cuidadoso, mas sereno:—  
¡el leon en montería,  
el feroz divertimento  
que da á su doliente Leila  
Aben Jucef el soberbio!  
¿Mas por qué de las bocinas  
no se percibe el acento,  
ni los ardientes lelíes  
de los ágiles monteros,  
ni acorralando á la fiera  
el ladrido de los perros?  
¿Por qué esos rugidos suenan  
solitarios y siniestros,  
y la vega los repite  
cual los repite el Desierto  
cuando su rey vaga errante  
de hambre y sed calenturiento.—  
Cual respuesta pavorosa  
se oyen gritos lastimeros  
de mujer, gritos heridos,  
insoportables, horrendos,  
voz de espanto miserable  
que pide amparo á los cielos,  
y el escape redoblado  
de un bruto que viene huyendo.  
Y se acercan los rugidos,  
los gritos son más intensos,  
y ya se ven las centellas  
que arrancan los cascos férreos  
de los duros pedernales  
en su escape turbulento.  
—¡Santo Allah! ¡si fuese ella!—  
exclama Ataide partiendo  
como un rayo hácia el peligro,  
de ansiedad henchido el pecho,  
enardecido, magnífico,  
ardientes los ojos fieros,  
en el alma acariciando  
de una esperanza el misterio,  
y exclamando miéntras corre  
más veloz y más intrépido:  
—¡Ah, no! ¡que no sobrevengan  
los altivos caballeros,  
ni los monteros feroces,  
ni los irritados perros!  
¡Yo solo, yo, con tu amparo  
Santo Allah, salvarla quiero!—  
Al fin una blanca yegua,  
impulsada por el vértigo,  
cae sin vida en la rambla  
agotado ya el aliento,  
y soltando los estribos,  
por buena dicha á buen tiempo,  
queda una blanca figura  
de pié, lanzando reflejos  
de su rica pedrería,  
que de la luna á los besos  
irradia, cual los del sol,  
deslumbradores destellos.

El leon avanza á saltos:  
uno más para que hambriento  
se cebe en su triste presa,  
que inmóvil, resplandeciendo  
más que por sus ricas joyas  
de su beldad por lo inmenso,  
parte el alma atribulada  
entre el asombro y el miedo:  
que la hace sentir Ataide  
un inefable consuelo,  
y el leon puede quitarle  
lo que ya, sin comprenderlo,  
siente en su sér conturbado  
por un dulcísimo anhelo.  
Suena un chasquido; una jara  
hiere zumbando en el pecho  
al leon, que se recoge,  
y sus ijares batiendo  
con la cola, rampa horrible  
sobre su propio terreno,  
la roja crencha erizada,  
pavoroso, gigantesco:  
sus fosforescentes ojos  
muerte amenazan, y el suelo  
con las garras formidables  
cavando, ruge en el hueco.  
De la vida ó de la muerte  
es el solemne momento.  
Por su amor engrandecido,  
por él á todo resuelto,  
olvidado de su madre,  
viendo en su amor su universo,  
Ataide al leon se arroja,  
desnudo el tajante acero,  
revuelto rápidamente,  
el caftan al brazo izquierdo;  
y resuena un grito herido,  
un grito de horror supremo:  
ella no ve más que un grupo  
en que se agitan revueltos,  
confundidos, hombre y fiera:  
Ataide en círculo estrecho  
se ciñe al leon, le evita,  
al burlar su furor ciego  
larga herida le produce,  
y rápido revolviendo,  
vuelve á burlarle y á herirle  
y redobla su ardimiento,  
siempre el caftan por escudo  
y por ofensa el acero.  
Á cada golpe que tira  
le enrojece un chorro negro  
de hirviente sangre que brota  
de cien heridas á un tiempo;  
y ella, extendidos los brazos,  
de ansiedad y espanto trémulos,  
agitado el corazon,  
que quiere saltar del pecho,  
más y más á Ataide siente  
en el voraz pensamiento.  
Al fin la tremenda lucha  
cesa, profundo silencio  
sucede á un postrer rugido  
del monstruo espantable muerte;

y Leila, que ella es la dama,  
mira á sus piés al mancebo,  
y desmayada en sus brazos  
se abandona sonriendo.

X.

—¡Alma, vida y amor del alma mia!—  
exclamó Ataide los lucientes ojos  
destellando una célica alegría;—  
y Leila, trasportada, enloquecia,  
trémulos de pasion los labios rojos.

No era ya la dulcísima apenada  
que el alma ansiosa, el corazon ardiente  
del dolor, en las sombras anegada,  
de una pena indecible é ignorada  
sucumbia al durísimo tormento.

El asombro, el delirio, la hermosura  
de su alma vírgen, para amar nacida,  
se exhalaban en ansia de ternura,  
en explosion inmensa de ventura,  
de amor supremo, de esplendente vida.

¡Él! ¡era él! ¡su encanto, su consuelo,  
su abrasada ambicion, su sér divino,  
la sombra misteriosa de su anhelo  
que de improviso desgarraba el velo  
que envolvía su amor y su destino!

Era su propio sér.—Ardiente, loca,  
traspuesta é incitante la mirada,  
mostraba en la entreabierta y dulce boca  
cuanto el beso castísimo provoca,  
desposorio del alma enamorada.

Sobresaltado, de delicias lleno,  
á la presion de los amantes brazos,  
á la desdicha y al temor ajeno,  
su corazon del palpitante seno  
pugnaba por saltar roto en pedazos.

La rica, la opulenta pedrería  
que su garganta deliciosa ornaba  
y que la luna con envidia heria,  
con ménos esplendor resplandecia  
que el que en sus negros ojos fulguraba.

Y luégo, ansiosa, loca, delirante,  
con acento infinito de dulzura,  
seductora, vivífica, anhelante,  
así exclamó exhalando la fragante  
deliciosa pasion de su alma pura:

—¡Oh ensueño encantador del ansia mia!  
¡fe de mi vida, hasta tenerte amarga!  
¿por qué triste en tus ojos la agonía  
áun causa espanto á la ventura mia,  
por qué áun la pena del temor te embarga?

¿Temes que pobre, y yo de altiva cuna,  
imposible y mortal nuestro amor sea?



cuando Dios de dos almas hace una,  
ni el humano poder ni la fortuna  
pueden romper lo que el Eterno crea.

Mayor ventura á nuestro amor no pidas;  
¿no ves que Allah, en sus juicios misterioso,  
para siempre ha enlazado nuestras vidas,  
lanzando entre venturas bendecidas,  
á la esposa en los brazos del esposo?—

Y Leila su palabra entrecortaba,  
y estremecida de placer gemia,  
y hambrienta la belleza contemplaba  
de Ataide, que en sus brazos la estrechaba  
y de ansiedad y amor desfallecía.

—¡Sígueme!—Ataide al fin con voz medrosa  
y trémula exclamó;—de la montaña  
en el seno selvático, gozosa,  
correrá nuestra vida venturosa  
bajo el techo de paz de la cabaña.

Por tí en los manantiales mi ballesta  
la caza matará, rica en sabores;  
espléndida en matices la floresta  
por Dios bordada y al placer dispuesta,  
cuando la pises tú, brotará flores.

Fresca sombra, sonora y perfumada,  
el ardor mitigando del estío,  
te ofrecerá del huerto la enramada  
blando lecho la grama regalada,  
límpido baño el murmurante río.

Sus auras la galana primavera  
perfumará en la magia de tu encanto  
difundiendo en el monte y la ladera  
en lánguida cadencia y hechicera,  
el suspiro ardoroso de tu canto.

Y en las veladas del invierno frío,  
en el hogar, alcázar del contento,  
zumbando fuera el huracán bravío,  
yo gozaré tu amor, tú el amor mío,  
junto á la alegre llama del sarmiento.

¡Oh, vén conmigo, vén, luz de mi vida,  
alma de fuego para amar creada  
y aún en el mismo infierno bendecida!  
¡ah, no mates por Dios, mi alma querida,  
el alma triste á amarte consagrada!

Deja ese mundo vano y mentiroso  
correr tras la ambición que engendra el crimen,  
ese mundo de lágrimas ansioso,  
que no sabe ser grande y venturoso  
sin gozar el dolor de los que gimen.

Sígueme, vén, pues que el Señor, clemente,  
en el fuego de amor unirnos quiso,  
y el arduo monte, el mugidor torrente,  
el dulce valle y la sonora fuente  
serán nuestro encantado paraíso.—

Y anhelante calló.—La contemplaba muriendo de ansiedad, y cual tesoro que de su amante corazón brotaba sangre del alma, largo resbalaba por sus mejillas pálidas el lloro.

—¡Oh adorado señor!—enloquecida Leila exclamó, resplandeciente en fuego:—humilde, á tu mandato sometida, sin otro bien que tú para mi vida, ¿cómo negarme á tu anhelante ruego?

¡Mira, atiende, señor! tan tuya soy, tal te idolatra el pensamiento loco, á tu merced tan entregada estoy, que del amor que á tu delirio doy para decir lo inmenso todo es poco.

Pero ¿por qué me pides que envilezca del noble viejo las altivas canas, que su terrible maldición merezca, si para que tu raza se ennoblezca tienes allí las huestes castellanas?—

Y Leila, altiva, grande, destellando el ínclito esplendor de su linaje, el brazo eburneo á Loja amenazando, así inspirada prosiguió exclamando, resplandeciente de valor salvaje:

—¡De mi amor, de tu fe, todo lo espera! ¿no ves el monte oscuro allá perdido que guarda de Granada la frontera? ¡bravo por mí levanta una bandera, vuelve á buscar mi amor ennoblecido!—

Se irguió Ataide magnífico, esplendente, de amor y de bravura trasportado, y tendiendo su brazo al Occidente, así exclamó en acento prepotente por Leila y por la gloria arrebatado:

—¡Infantes de Castilla jactanciosos, rey Adfun el rummy, que el fuerte muro acechais de Granada cautelosos, al logro de mis sueños venturosos iré por vuestra sangre, yo os lo juro!

—¡Toma de mis alhajas el tesoro— Leila le interrumpió;—gente esforzada á sueldo toma, derramando el oro; haz que brille en la lid el nombre moro, corre la tierra infiel en algarada!

—¡Tus joyas no, porque en el logro fies— exclamó Ataide—de mi noble empresa, me bastan de la sierra los monfies, feroces cual los fuertes jabalíes que se abren paso entre la jara espesa!

—¡Los monfies! ¡fatídicos agüeros— dijo Leila;—¿qué empresa enaltecida se puede acometer con bandoleros?—Ellos—exclamó Ataide—saben fieros

causar la muerte y despreciar la vida.

Ganarán el perdón de su delito  
por Dios y el rey triunfando en la pelea.  
—¡Dios sólo es vencedor! ¡estaba escrito!—  
Leila exclamó.—¡Señor de lo infinito,  
tu santa voluntad cumplida sea!

Y alzó los ojos, desolada, al cielo,  
como buscando amparo en el altura;  
cual si un horrible apenador recelo  
de su amor y su encanto tras el velo  
la hiciese presentir la desventura.

De improviso sus ojos irradiaron  
un rápido fulgor vago y sombrío,  
atentos al Oriente se tornaron,  
y trémulos sus labios exclamaron,  
con acento á la par triste y bravo:

—¡Ah! ¡en mi busca se acercan! ¡huye! ¡véte!  
¿no escuchas el rumor vago y perdido  
que crece, que se acerca, que arremete,  
de la rauda carrera de un jinete  
y de feroces perros el ladrido?

Es mi padre sin duda: ¡si te hallára!  
¡oh, tú no sabes su altivez cuán fiera!  
¡de la espesura próxima te ampara!  
¡ten compasión de mí, que me matára  
si una sombra de duda concibiera!

—¿Y no he de verte?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En la hora

del silencio y del sueño: ¡huye, bien mío!

—¿Y dónde te he de hallar?

—En la Almanzora:

yo en la reja estaré: ¡sálvate ahora!  
¡líbrame del terror que siento impío!—

Y de nuevo en abrazo tembloroso  
sus agitados senos se juntaron,  
y en un beso infinito, silencioso,  
la amante esposa, el delirante esposo,  
de nuevo el pacto de su amor sellaron.

Y ella le rechazó, que ya el estruendo  
más cerca y más distinto se sentía;  
y él, apenado, de dolor gimiendo,  
rápido se alejó, desapareciendo  
por el lóbrego seno de la umbría.

Y olvidó su cervato, su ballesta  
y su roto caftan de sangre rojo,  
y Leila, ansiosa, de terror traspuesta,  
—¡Que él se salve!—exclamó—¡yo estoy dispuesta!  
¡Sálvame tú, Señor, que á tí me acojo!

Á poco, fiero se mete  
sobre un caballo lanzado  
á rienda suelta, en el prado,  
un fatídico jinete.

Deshecho su capellar,  
al aire en desórden flota;  
y de su roja marlota  
el recrujiente ondear;

y la furia con que bate  
los ijares del corcel,  
desgarrándolos cruel  
con el agudo acicate;

y el siniestro, el ronco grito  
con que excita al corredor,  
el aspecto aterrador  
le dan de un genio maldito.

Fieros, el rastro siguiendo,  
ante el rápido corcel,  
vienen perros en tropel  
ladrando, aullando, latiendo.

La brava y leal jauría,  
al ver á su dueña hermosa,  
á ella corre presurosa  
trasportada de alegría,

y el jinete, que refrena  
al bruto con fuerte mano,  
ansioso, anhelante, insano,  
del arzon salta á la arena.

—¡Hija!—al ver á Leila en pié,  
llena de vida, radiante,  
gritó el xeque delirante—  
¿quién te salvó?

—No lo sé—

respondió Leila turbada  
y presintiendo la ira  
de su padre, á la mentira  
por primera vez llevada;

que aunque sencillas alienten  
la pureza y el candor,  
para defender su amor  
las mujeres, todas mienten.

—¡No lo sabes! ¡Mas Dios santo!—  
Jucef con fiera sorpresa  
añadió—¿qué sangre es esa  
en tu seno y en tu manto?

Era la sangre traidora  
que á Ataide bañado habia  
del leon, que aparecia,  
señalando, vengadora,

aquel abrazo de amor,  
aquel delirio infinito;  
y cual testimonio escrito,

indudable, acusador,

y cual señal de una afrenta,  
en la blanca vestidura,  
marcada su huella impura,  
dejó una mano sangrienta.

—¿Por qué, si no estás herida,  
si al leon no te acercaste—  
gritó Jucef—te manchaste?  
—¡No lo sé! Desvanecida  
por el terror.....

—¡El terror!  
¡y el infame á quien debiste  
la vida, y al que ni áun viste,  
cobró su precio en mi honor!

—¡Oh padre! ¡no te comprendo!—  
relevando la cabeza  
dijo Leila con fiereza.  
—¡Que no me entiendes! ¡Mintiendo

tu torpe maldad aumentas!—  
el xequé exclamó con furia.—  
¡Estoy leyendo la injuria  
en estas manos sangrientas!

—¡Injuria, no!—pudorosa  
dijo Leila, en su bravura  
aumentando su hermosura  
hasta hacerla portentosa.—

¡Injuria! ¡Dios me maldiga  
si yo te ofendí, señor;  
que con espanto y horror  
su maldición me persiga!—

Y demudado el semblante,  
deslumbradores los ojos,  
ardientes los labios rojos,  
alto el seno palpitante,

trasportada, poderosa,  
más y más resplandeciente,  
alzaba su pura frente  
de candor esplendorosa.

En sus órbitas rodaron  
los ojos del xequé fiero;  
su diestra el brazo hechicero  
que las Gracias modelaron

así con fuerza brutal,  
y doblegando á la triste  
exclamó;

—Si no mentiste;  
si la humillante señal

de los brazos de un insano,  
que atreviéndose á mi honor  
aprovechó tu pavor,  
mienten también; si es en vano

de mi furor el recelo,  
¿por qué en tus ojos fulgura  
una inefable ventura,  
una alegría del cielo?

¿por qué te miro trocada  
de triste en resplandeciente?  
¿es que también falaz miente  
el amor en tu mirada?

—¡Oh padre!—en una explosión  
Leila exclamó;—no tirano  
pretendas romper insano  
las leyes del corazón.

Si cual le vi le miráras,  
por mí venciendo á una fiera,  
tu gratitud le quisiera,  
cual le amo yo, tú le amáras.

—¿Por qué se oculta, y por qué  
tú no me dices su nombre?  
—No lo sé, ni hay que te asombre,  
que del amor en la fe,

de la ventura en la calma,  
el espíritu anhelante  
no pregunta, goza amante:  
¿tiene acaso nombre el alma?

Y más no te he de decir,  
aunque tu furor lo intente,  
y aunque perezca inocente,  
por mi amor sabré morir.

—¡Ah, la osada rebeldía!—  
exclamó el xequé, la mano  
llevando, en su furia insano,  
al puño de su gumía.—

Su desventura midió  
la triste, cerró los ojos,  
y desplomada, de hinojos  
ante su padre cayó.

—¡No!—murmuró en un rugido  
el xequé;—¡la muerte fuera  
tu perdón! ¡más te valiera,  
infame, no haber nacido!—

Y despiadado, brutal,  
del suelo la levantó,  
con ella al corcel saltó,  
partió como el vendaval;

sin ladridos la jauría  
fué tras su fiero señor,  
y á poco el postrer rumor  
en la noche se perdía.

**FIN DE LA PRIMERA PARTE.**

~~~~~

SEGUNDA PARTE.

~~~~~

### I.

En la cumbre del Zenete,  
que está mirando á la Alhambra  
y á las dos torres Bermejas,  
y á la Vega, que se ensancha  
al Poniente, con sus rios,  
que, como cintas de plata,  
relucen entre la bruma  
de la noche solitaria  
por la luna esclarecida,  
se eleva la torre blanca,  
con sus bellos azulejos  
y sus ricas ajaracas,  
de la famosa mezquita  
donde el sepulcro se guarda  
en que el cuerpo se venera  
del santon Sydi Ben-Dara.  
Á la base de la torre  
se adhiere una pobre tapia,  
que coronan descollantes  
los pámpanos de una parra,  
y en ella, por una puerta  
estrecha, mezquina y baja,  
á un pequeño huertecillo,  
bello y frondoso, se pasa.  
Dentro, en la alberca, se escucha  
del débil chorro del agua  
la monótona caída,  
y el gemido de las auras  
en las rojas amapolas,  
en las dulces pasionarias,  
en la espesa madreSelva  
y en las higueras enanas,  
que, con torcidas raíces,  
como bulbosas arañas,  
á las grietas del muro  
de la mezquita se agarran.  
La fragancia se respira  
de las flores y las plantas,  
y todo anunciar parece  
paz y contento en la casa  
que, al fondo, con ornamentos  
de verde yedra se alza.  
¡Cuánto, mintiendo, extravían  
las apariencias villanas!

Aquel huertecillo verde,  
aquella tranquila estancia  
que hace pensar en un nido  
que á su culto amor consagra,  
de Ataide, el desventurado,  
es la doliente morada,  
que en ella la triste Ayela  
se extingue como una lámpara,  
que al fin de una horrenda noche  
sin pábulo muere exhausta.  
Sentada sobre una estera,  
sobre una estera de palma,  
pálida como la muerte,  
como el dolor apenada,  
tendidas las blancas trenzas  
sobre la encorbada espalda,  
trenzas que dicen bien claro  
que nunca ha sido casada.  
Ayela en silencio reza,  
y las leves cuentas pasa  
de un rosario de marfil  
con sus manos descarnadas,  
y á pesar de todo, hermosas,  
que cual al frio del alma,  
en convulsion persistente  
se agitan, y apénas bastan  
á sostener del rosario  
la ligerísima carga.  
Una candela en un nicho  
con su luz rojiza baña  
del reducido aposento  
las paredes blanqueadas,  
que, si aparecen desnudas,  
por su limpieza resaltan.  
Un capacete sencillo,  
una luciente coraza,  
una pica de dos hierros  
y una pesada hacha de armas,  
agrupados en panoplia,  
penden allá de una escarpia,  
y en el fondo del hogar,  
de la cena retrasada,  
se oye el hervor insistente,  
al que el quejido acompaña  
de la vejez, ya caduca,  
de un grande perro de caza,  
todo á lo largo tendido  
ante los piés de su ama.  
Ya ha pasado un gran espacio  
desde que la voz enfática  
del muecin de la mezquita,  
llamó á la postrer plegaria  
de la noche á los creyentes.  
¿Cómo tanto Ataide tarda?  
Su cuidado maternal,  
recelando una desgracia,  
Ayela con más ferviente  
dolor reza, ansiosa aguarda  
á que entre el silencio suenen  
las presurosas pisadas  
de Ataide, cruzando el huerto,  
y miéntras reza y se espanta,  
de sus ojos su desdicha  
rebosa en ardientes lágrimas.



## II.

Aun es hermosa, y en vano  
la enfermedad, la tristeza  
de su marchita belleza,  
anublan el esplendor;  
y aún á pesar de las canas  
que emblanquecen sus cabellos,  
hay en sus ojos destellos  
de juventud y de amor.

Amor doliente, infinito,  
mal herido, acongojado,  
en ardoroso cuidado,  
en apenador afan;  
corriente de desventura,  
que la materia mezquina  
gasta, corroe, calcina,  
como el fuego en un volcan.

Desesperantes, crueles  
los dolores de su vida,  
por su mente enloquecida  
pasan en negro tropel,  
y eterno, indeleble, horrible  
un pavoroso momento,  
en su corazon sangriento  
mantiene viva la hiel.

No ha pasado un solo dia:  
espantosa, aterradora,  
es siempre la horrenda hora  
del crimen y la maldad;  
es lo que ensueño parece  
por el infierno abortado,  
lo infame al horror llevado;  
lo infinito en la crueldad.

La mar, que á la brisa ondula  
y al sol poniente riela,  
deja ver la blanca vela,  
recortándose en la luz,  
que el ocaso enciende en fuego,  
de esbelta nave galana  
que de la costa africana  
viene al verjel andaluz.

¡Ay de la vírgen morena  
que al pié de la ingente roca  
contra la que brava choca,  
rompiendo espumas la mar,  
sin miedo acercarse mira  
la nave que blandamente,  
mueve la brisa indolente  
la azul llanura al rizar!

¡Ay de la tribu que errante  
vino de Arabia en mal hora  
á aquella roca traidora  
y sus tiendas alzó allí!  
que viene en la nave aquella  
el feroz lobo marino,

almirante granadino  
Ben Jucef-el-Meríní.

Se oculta el sol: ya es la noche:  
la brisa se torna en viento,  
que en largo sonoro acento  
anuncia la tempestad,  
y sobre la mar inquieta,  
cubierta de blanca espuma,  
negra y espesa la bruma  
aumenta la oscuridad.

En tanto, la galeota  
que el fiero Jucef comanda,  
de la ensenada en demanda,  
que está de la roca al pié,  
llega, las anclas arroja  
y al agua lanza el esquife,  
que embiste en el arrecife,  
donde el aduar se ve.

Los árabes, sin recelo  
de un barco en que está arbolada  
la bandera de Granada,  
del rey en prenda y señal,  
á Aben Jucef se adelantan  
y en paz le tienden la mano,  
como á un cariñoso hermano  
de igual raza y ley igual.

Con antorchas le esclarecen  
el camino, y á su llama,  
que en chispas se desparrama  
del viento bajo el furor,  
de Ayela ve el almirante  
la sobrehumana hermosura,  
y súbita llama impura  
prende en él de un torpe amor.

—¡Ah la hurí!—temblando dice;  
y volviéndose á su gente—  
¡llevadla!—añade vehemente  
con fiero acento brutal;  
y aquella voz pavorosa  
que á los árabes sorprende,  
su honrada cólera enciende  
y es del combate señal.

Á poco las tiendas arden,  
gritos de muerte se escuchan,  
presto los tristes no luchan  
degollados en monton,  
y Ayela, de horror transida,  
entre unos brazos se siente,  
y ve una mirada ardiente  
que la hiela el corazon.

¡El vértigo! luégo nada;  
insensible, muda, inerte,  
un letargo que á la muerte  
se pudiera comparar,  
la domina, y cuando vuelve  
en sí, con asombro toca  
un dentellon de la roca,

á donde la echó la mar.

El sol brilla en el Oriente,  
y la azul onda serena  
se rompe en la blanca arena  
con dulce cadente són;  
y graznan las gaviotas,  
sus blancas alas mojando,  
la abrupta base rozando  
del solitario peñon.

Los miembros atormentados,  
de dolor temblando y frio,  
con espantoso extravío  
en su anhelante mirar,  
vagamente recordando  
rojas visiones tremendas,  
Ayela busca las tiendas  
de su querido aduar.

Ni un vestigio, ni un despojo  
en la arena abandonada;  
la mar, entónces rizada,  
cuando el huracan la hinchó,  
el arrecife asaltando,  
bravía por él subiendo,  
cuanto al paso halló barriendo,  
sólo á Ayela respetó.

¡Oh! ¡cuán cruel fué la ola  
que, cogiéndola en su espalda,  
en la dentellada falda  
de la roca, sin piedad,  
la arrojó, que mejor fuera  
que implacable la matára,  
porque infeliz no llorára  
su desolada orfandad!

Lentamente su memoria,  
con el marasmo luchando,  
la fué el crimen revelando  
infame, horrible, cruel;  
y fiera gritó, en la altura  
los airados ojos fijos:  
—¡Malditos sean sus hijos  
y cuantos vinieren de él!

¡Que perezca cuanto ame!  
¡Que su corazon de fiera  
lento y lento el dolor hiera  
y no le mate el dolor!  
¡Que sus noches el infierno  
llene con sueños de espanto!  
¡Que nunca aplaque su llanto  
la cólera del Señor!

### III.

Y esta maldicion horrible  
que del dolor en la hora  
Ayela desesperada,  
de justa venganza ansiosa,  
pronunció contra el malvado,

ignorando su deshonra,  
ignorando que era madre,  
cuando lo fué en su memoria,  
se sublevó turbulenta,  
sombria, amenazadora;  
que al maldecir á los hijos  
de la fiera sanguinosa  
que asesinó á su familia,  
maldijo á su sangre propia;  
y por eso cuando Ataide  
en su infancia fatigosa,  
que siempre sobran fatigas  
donde el dinero no sobra,  
el bello semblante pálido  
mostraba, y su linda boca  
de arcángel no sonreía,  
la maldicion pavorosa  
helaba de espanto á Ayela,  
surgiendo de entre la sombra  
del imborrable recuerdo  
de su desdichada historia;  
y pasaron veinte años  
de angustias y de congojas  
para la pobre inocente  
madre honrada, aunque no esposa,  
y para el hijo sin padre,  
del cual fué la herencia sola,  
con la belleza de Ayela  
y su sangre generosa,  
el valor de Aben Jucef  
y su condicion indómita.  
Sin pan y sin esperanza,  
y sola en el mundo, sola;  
en los principios viviendo,  
con llanto, de las limosnas;  
rechazando altiva y pura,  
si la buscó, á la deshonra;  
brava su sino arrostrando,  
errante como una hoja  
que del árbol desprendida  
va allí donde el viento sopla;  
con su tesoro cargada,  
y libre como una alondra,  
danzando cual bayadera,  
cantando cual trovadora,  
diciendo las buenas hadas  
en natalicios y bodas;  
vendiendo filtros de amores  
y oraciones milagrosas;  
ornando con oropeles,  
collares y falsas joyas  
su portentosa hermosura;  
sin más amor que su ansiosa  
pasion por su pobre hijo;  
por valles, cerros y lomas,  
parando en las alquerías,  
en las villas populosas,  
y en las altivas ciudades  
que de torres se coronan;  
marchitando su hermosura  
las fatigas, las zozobras,  
y de su llanto apenado  
la corriente silenciosa,  
y de su dormir inquieto

las sombras aterradoras,  
á la juventud viril  
llegó de Ataide, ya rotas  
sus fuerzas, su juventud,  
y con canas presurosas  
la pálida frente ornada,  
anciana ya áun siendo moza.  
Siempre con el miedo horrible  
de que en fatídica hora  
su maldicion alcanzase  
al hijo de sus congojas,  
su único bien en el mundo,  
aquella noche en que llora  
por la tardanza de Ataide,  
una fatídica sombra  
su delirante cabeza  
asalta y la vuelve loca:  
nunca más vivo el recuerdo  
de la noche tormentosa  
de su desdicha la aqueja;  
la faz repugnante y torva,  
por el deseo irritada,  
de su asesino, medrosa  
cual si pasado no hubieran  
los años, abrumadora,  
impregnada de amenazas,  
en frio pavor la ahoga;  
y ya no reza ni siente  
crujir la puerta premiosa  
del huerto, ni unas pisadas  
sobre la arena sonoras;  
pero *Radjí* se levanta  
penosamente, la cola  
menea, con sus gruñidos  
la atencion de Ayela evoca,  
que de su estera se alza  
y á la puerta llega ansiosa,  
palpitante, en el momento  
en que Ataide al umbral toca,  
y muriendo de alegría  
entre sus brazos se arroja.

#### IV.

—¡Oh! ¡cuánto he sufrido, cuánto!—  
Ayela anegada en llanto  
dice con voz amorosa.—  
¡Jamás he llorado tanto!

¡Jamás con igual espanto  
tu vuelta esperé afanosa!

Y de su cuello colgada,  
besándole enloquecida,  
por las lágrimas velada  
la mirada enamorada,  
por la pasión encendida  
y en Ataide encarnizada;

la pálida frente pura  
reflejando la hermosura  
del amor de los amores,  
de la maternal ternura

olvidaba en la locura  
de su espanto los horrores.

—¡Oh tu amor cuál te amedrenta!—  
dijo Ataide conmovido.  
—¡Sí, de la brava tormenta—  
Ayela exclamó—el rugido  
en mi corazón herido  
siento horrible y me amedrenta!

Vén: la cena preparada  
está ya; la blanda almohada  
al reposo te convida;  
pero ¡ay de mí desdichada,  
en penas siempre anegada!  
¿por qué has tardado, mi vida?—

Y de nuevo le besó  
de amor transportada, hambrienta;  
y cuando de él se apartó,  
cuando de improviso vió  
su vestidura sangrienta,  
desatentada exclamó:

—¡Ay de mí! ¡vienes herido!  
¿Quién tu valor ha rendido?  
¿qué terrible sangre es ésta?  
—Vencedor, mas no vencido—  
dijo Ataide.

—¡Y di, ¿qué ha sido  
entonces de tu ballesta?

—El colmo de la ventura  
me hizo olvidarla.

—¡Qué dices!  
—¡Ah, la propicia aventura  
dijo Ataide con locura:—  
¡ah! ¡los augurios felices  
del amor y la hermosura!

—Yo no te entiendo, ¡ay de mí!  
¿Mas no estás herido?

—Sí;  
pero con dardo de amor:  
la suerte cruda hasta aquí  
nos brinda con su favor.  
Asienta y escucha.

—Di.

En el hogar la asentó  
Ataide, y con voz ardiente  
su aventura la contó,  
y ella, abatida la frente,  
estremecida, doliente,  
en silencio le escuchó.

Ataide acabado había,  
Ayela permanecía  
doblegada, muda, inerte,  
y su alentar parecía  
el hervor de la agonía  
tras el cual viene la muerte.

Al fin, la faz levantando,

en su mirada infinita,  
avara, á Ataide abarcando,  
dijo, con voz inaudita,  
cual consigo misma hablando:  
—¡Maldita de Dios! ¡Maldita!

Luégo, su voz lastimera  
resonó, vibrante, fiera,  
aterradora, sombría,  
cual rugido de pantera,  
que al temor se desespera  
de que la roben su cría.

—¡Maldita, sí!—ronca, dijo:—  
¡Maldita, la que maldijo!  
¡Un amor que muerte augura  
colmado mi desventura,  
mi vida, mi amor, mi hijo,  
arrebate á mi ternura!

—¡Qué dices, madre!  
—De aquí  
partamos sin más tardar.  
—¡No temas, espera en mí!  
¡Tanta gloria he de alcanzar,  
que mi Leila me ha de dar  
Ben Jucef-el-Merini!

¿Por qué, dí, te desesperas?  
Yo arrancaré en las fronteras  
ricas presas al cristiano;  
y á sus plantas hechiceras  
ella verá cien banderas  
conquistadas por mi mano.

El encanto de mi amor  
me hará incontrastable, fuerte;  
calma tu ansioso temor,  
¿por qué pensar en la muerte,  
cuando propicia la suerte  
consuela nuestro dolor?

El Rey me ennoblecerá,  
Granada me aclamará,  
ella y tú seréis mi encanto.  
—¡Oh! ¡cuán léjos, cuánto y cuánto  
la locura humana va!—  
dijo Ayela con espanto.

—Enalteciendo á mi grey,  
con mi sangre en las campañas,  
por Dios, la patria y el Rey,  
premio hallarán mis hazañas.  
—Yo no conozco más ley  
que el hijo de mis entrañas.

¿Qué rey nos tendió la mano?  
¿Qué patria nos amparó?  
Dios mismo, al dolor tirano,  
doblegados nos dejó,  
que la maldicion oyó  
y no se maldice en vano.

—De temor estoy ajeno,

dijo Ataide ya impaciente—  
aquel que maldice al bueno  
el daño siente en su seno.  
—¡Oh, sí! ¡la fiera serpiente  
da á sus hijos su veneno!

—¡Hijo soy yo de un maldito!  
—Tú de tu madre el dolor  
desoyes, y el hondo grito  
de las ansias de su amor.  
¡Dios es grande y vengador,  
y cumple lo que está escrito!

—¿Y qué ha de cumplirse, di?  
—Temo que te mate el fiero  
Ben Jucef-el-Merini.  
Si sabe (de angustia muero)  
tus amores..... ¡ah! ¡yo espero  
que tengas piedad de mí!

¡Huyamos! De tu pasion  
me estremece la locura,  
se me hiela el corazon,  
y pienso que, horrenda, oscura,  
una horrible maldicion  
nos lleva á la desventura.

—Mañana, al rayar el dia,  
partirémos, madre mia.  
—¡Oh! ¿Qué dices?  
—En su empeño,  
mi amor á la lid me envia.  
—¿No me engañas? ¿No es un sueño?  
—Me tarda el tenerla mia;

pero esta noche.....  
—¡Oh, señor!  
—Ella en la reja me espera,  
piensa madre en su dolor,  
si escarneciendo su amor  
á hablar con ella no fuera  
por la sombra de un temor.

—¡Oh! ¿Quién sabe?—Ayela dijo  
para sí, con triste anhelo—  
tal vez sin razon me aflijo:  
¿Mas, qué madre por su hijo  
no vive en tenaz recelo,  
temiendo un afan prolijo?—

Y añadió, la voz temblando:  
—En buen hora ve, mas cuida  
que ansiosa quedo esperando.  
—No he de tardar, por mi vida—  
dijo Ataide—y la salida  
ganó, impaciente escapando.

## V.

Áun sonaban en el huerto  
sus pisadas presurosas,  
cuando recayendo Ayela  
de su miedo en las congojas,



de insoportable pavor  
dominada, de afan loca,  
—*Radj*—exclamó:—vén conmigo,  
precédeme: el rastro toma  
de tu señor.—Y *Radj*,  
con marcha lenta, afanosa,  
el huertecillo cruzando,  
seguido de su señora,  
el rastro tomó en demanda  
de la pintoresca loma  
del Albaicin, por callejas  
estrechas, ágrias, medrosas,  
ó entre vallados floridos  
de cármenes, cuyo aroma  
el aire con su fragancia  
perfumaba deliciosa.  
Á cada paso, al subir  
una cuesta áspera y corva,  
Ayela se detenía  
jadeante, temblorosa;  
su mano buscaba apoyo  
en un muro, y de su boca  
hervoroso se exhalaba  
el ronco alentar que ahoga  
y en el comprimido pecho  
la sangre agitada agolpa.  
Fatigada, dolorida,  
llegó al fin á la Almanzora.  
Desierta la calle estaba,  
sumida en tinieblas, lóbrega,  
y al amor no daba amparo  
en sus rejas silenciosas.  
Súbito choque de aceros  
resonó: dos voces roncadas,  
una de viejo, irritada,  
serena y jóven la otra,  
de entre el silencio salieron,  
terribles, tempestuosas.  
Ayela, de horror transida,  
que en la voz jóven, sonora,  
á Ataide escuchado había,  
sus fuerzas cobrando todas,  
por un milagro de amor,  
cual revive luminosa  
y brilla por un momento  
una luz que á su fin toca,  
ansiosa, rápida, ardiente,  
corrió, llegó, y animosa  
entre las fieras cuchillas  
se arrojó, sublime, heroica,  
para defender la vida  
del que era su sangre propia.  
En un recodo del muro  
de la puerta que aún se nombra  
de Albolut, ó el Estandarte,  
y en el muro gris se apoya  
del castillo del Romano,  
esplendente, brilladora,  
alta la luna en el cielo  
bañaba una plaza angosta  
entre el adarve robusto  
y una torre altiva y roja,  
que de sus almenas reales  
ostentaba la corona.

Asida á su Ataide Ayela,  
miraba, cual la leona  
que á su cachorro defiende,  
á Aben Jucef, que su cólera  
trocado habia en espanto,  
y ella, al verle, tembló toda.  
Era él, el miserable,  
que la triste una vez sola  
vió en su vida, al resplandor  
de la llama pavorosa  
de su aduar incendiado,  
rugiendo bravas las olas,  
zumbando irritado el viento,  
miéntras la voz angustiada  
de sus parientes pedia,  
en vano, misericordia.  
En su recuerdo indeleble  
aquella faz espantosa  
Ayela guardado habia;  
y aquella mirada odiosa,  
sensual y repugnante  
que la contemplaba absorta,  
era la mirada misma  
de aquella terrible hora;  
y él, que de Ayela tenía  
en su conciencia la copia,  
la devoraba mirándola  
con expresion misteriosa,  
mezcla de amor y de espanto  
y dulce á la par que torva.  
Y ella, apagando su ira,  
que horrenda y aterradora  
brillaba en sus negros ojos,  
y con dulce y cadenciosa  
voz, que doliente imploraba,  
apenada y melancólica,  
—¡Ved, señor, que éste es mi hijo  
y que es mi esperanza sola!—  
exclamó; y el fiero xeque,  
con voz terrible, espantosa,  
en que vibraban heridas  
las fibras de su alma rotas,  
—¡Maldito!—exclamó—¡maldito!—  
y huyendo, la calle lóbrega  
ganó, se perdió por ella,  
y con voz triste, medrosa,  
—¡Maldito!—repitió un eco  
que surgió de entre la sombra.

## VI.

Ataide, mudo, asombrado,  
en negras ansias perdido,  
en la duda estremecido,  
en un misterio anegado,  
dudando si era soñado  
aquel torrente de hiel,  
ó una realidad cruel  
que su esperanza rompía,  
á su madre sostenía,  
ansiosa abrazada á él.

Luégo miró con espanto

que agitada, convulsiva,  
por la boca sangre viva,  
por los ojos triste llanto,  
lanzaba Ayela, y que en tanto  
la muerte apagaba impura  
de sus ojos la hermosura,  
y con mate palidez  
manchaba la limpidez  
de su nítida blancura.

Soportando su agonía,  
Ayela, terrible, fuerte,  
con la incontrastable muerte  
pugnaba en lucha bravía;  
su palabra se perdía  
oscura, ronca é incierta,  
y muy pronto helada, yerta,  
dejando á Ataide perdido  
en un misterio, un gemido  
de dolor la dejó muerta.

Representar la amargura  
es de Ataide empeño vano;  
no tiene el lenguaje humano  
voz para tal desventura.  
Preguntad á la locura  
y os responderá inclemente:  
—Yo, del dolor en la fuente,  
mato al alma infortunada:  
soy la sombra, soy la nada  
en un cadáver viviente.—

Y así Ataide. Al golpe rudo,  
inesperado, violento,  
anulado el sentimiento,  
insensible, inerte, mudo  
quedóse, y luégo, sañudo,  
vuelto en sí, con la voz fiera,  
—¡Venganza—gritó—aunque muera  
en mi venganza mi amor!  
¡Ay madre de mi dolor!  
¡jamás á mi Leila viera!—

Y sus lágrimas brotaron,  
y sus labios contraídos,  
entre dolientes gemidos,  
la faz de Ayela besaron;  
luégo sus brazos la alzaron,  
sobre el hombro la cargó,  
desatentado partió  
con el vértigo en la mente,  
y gruñendo en són doliente  
el fiel *Radjí* le siguió.

## VII.

De improviso, voz vibrante,  
grave, extensa, poderosa,  
que se repite incesante,  
y que de instante en instante  
resuena más presurosa,  
rompiendo el silencio hiende  
el aire, léjos se extiende,

y á la ciudad despertando,  
brava, al combate llamando,  
hasta la vega desciende.

Es la sonora campana  
de la alcazaba, que, fiera,  
dice que gente cristiana,  
de presa y conquista en gana,  
ha roto por la frontera.

Con su carga dolorosa  
por una altura desciende  
Ataide; el rebato entiende,  
y una mirada ardorosa  
á la vega ansioso tiende.

En los picos de la sierra  
las atalayas ardiendo  
hacen la señal de guerra,  
su roja hoguera, que aterra,  
incesantes repitiendo.

—¡Ah, nos embiste el rummy!—  
siniestro Ataide exclamó—  
¡mi venganza es cierta! ¡sí!  
¡no ha de escapárseme allí!  
¡él primero! ¡luégo yo!

Y á su Leila recordando,  
sintiendo que la perdía  
á Jucef exterminando,  
con el alma en agonía  
siguió la cuesta bajando.

## VIII.

Y truenas y retumba  
la voz de combate,  
despierta Granada;  
sus puertas se abren,  
y el rey con sus nobles  
y sus estandartes,  
y moros sin cuento,  
jinetes é infantes,  
allá por Elvira  
rebotan y parten,  
y cruzan la Vega,  
y allá adonde arde  
incendio terrible  
de mieses y hogares,  
rugiendo adelantan  
por sotos y valles.

## IX.

Ya el ejército domina  
una encumbrada colina,  
y al fin al contrario ve  
sobre la encantada tierra,  
que de Elvira la alta sierra  
se tiende fértil al pié.

Y ya venciendo á la aurora  
puro el sol las cumbres dora,  
y á su roja ardiente luz  
reflejan centellas puras,  
las brillantes armaduras  
del Profeta y de la cruz.

Ambas huestes se hostilizan,  
llegan, chocan, se encarnizan,  
tras el potente embestir,  
y el eco va retumbando  
de monte en monte lanzando  
el fragoroso reñir.

Arde la fuerte bombardas,  
y allí, donde no se aguarda,  
va su disparo á caer,  
y al trueno espantable y fuerte  
un alarido de muerte  
viene horrible á responder.

#### X.

Y saltan lanzas  
hechas astillas,  
relumbran rojas  
cien mil cuchillas,  
todos revueltos,  
todos trabados,  
los capitanes  
y los soldados,  
y los jinetes,  
y los pendones,  
y las banderas,  
y los pendones  
entran y salen,  
rugen, batallan,  
cristiano y moro  
do quier se hallan,  
y de la sierra  
por las vertientes,  
la sangre corre  
corre á torrentes.

#### XI.

Ya muchos de los que fueron  
á la lid no están en pié:  
muchos que salir miraron  
el sol á su trasponer,  
no le verán, que la muerte  
horrenda con ellos fué.  
El humo, el fuego, los gritos,  
el estrago y el tropel,  
el polvo que en remolinos  
levantan los fuertes piés,  
hacen una zambra horrible  
en que danza Lucifer,  
y ni ceden los cristianos  
ni el moro piensa en ceder,  
que todos de la victoria  
buscan el noble laurel.

## XII.

Sucedió esta durísima batalla  
que ensangrentó la granadina tierra  
el año mil trescientos diez y nueve,  
mañana de San Juan, triste y sangrienta  
para el cristiano bando, y venturosa  
para la gente indómita agarena:  
en Castilla reinaba Alfonso Onceno,  
y rey y emir de los alarbes era  
el terrible Ismail. Los dos infantes,  
causa imprudente de la atroz pelea,  
eran don Pedro el uno, del Rey primo,  
y su tío don Juan el otro era;  
entráronse talando á sangre y fuego  
la peligrosa granadina tierra,  
y allí los dos infantes se quedaron  
la muerte hallando en su insensata empresa.  
Día de luto fué para Granada  
y para Ataide de fortuna excelsa,  
que ganó, ya muy tarde, gran renombre,  
favor del Rey, mercedes y nobleza.  
Fué, que el bravo Ismail, harto empeñado  
en la revuelta bárbara pelea,  
el caballo perdió: cercado vióse  
de cristianos sin fin, que á grande priesa  
su desclavado arnés crujir hacían  
de rudos golpes bajo lluvia densa.  
—¡Es el Rey de Granada!—voceaban.—  
—¡Á prision recibidle!—¡No! ¡que muera!—  
y el tumulto arreciaba á cada instante  
bramando en torno de la régia presa.

Contra el muerto caballo replegado  
batallaba Ismail, cual la pantera  
de innumerables canes acosada,  
en los que alcanza brava se ensangrienta.  
Rota la adarga, sobre el rojo polvo  
tendida la riquísima cimera,  
la corona de golpes destrozada,  
desgarrada la toca al aire suelta,  
de polvo y sangre y de sudor bañado,  
le faltan, no el valor, sino las fuerzas,  
y por sus fieros ojos centellantes  
cruza horrible y fatal nube siniestra.  
De repente, en el círculo terrible,  
hacha en mano un mancebo se presenta,  
que ante su paso arrolla á los cristianos  
y á sus plantas exánimes los deja,  
cual en las mieses la segur metiendo  
el campesino infatigable siega.  
Parece que el Altísimo á su brazo  
poder terrible y misterioso presta,  
por el hacha enrojecida corre  
raudal de sangre, que á su paso deja  
con rastro pavoroso señalado,  
cual su rastro de horror marca la fiera.  
Es Ataide que en vano al asesino  
de su madre ha buscado en la pelea;  
Ataide, á quien dolor de las entrañas  
y el recuerdo tristísimo de Leila  
y de su suerte el torcedor cuidado

en horrendo afanar le desesperan;  
es que la muerte, como bien supremo,  
por todas partes busca y no la encuentra.  
Llega un momento, al fin, en que aterrados  
los nazarenos en desórden cejan,  
y al revolverse Ataide, con asombro  
ve que el Rey admirado le contempla.  
Libre se ve Ismail por su bravura  
cuando creyó su perdicion ya cierta,  
y los brazos le tiende, y en un punto  
contra su bravo corazon le estrecha.  
—¡Pide—dícele al fin—cuanto quisieres,  
que por mucho que pidas, recompensa  
pareceráme poco cuanta darte  
mi potestad y mi cariño puedan!—  
Y volviéndose á punto á los bizarros,  
que en su socorro desalados llegan,  
—Sin su valor—les dice—en este dia  
de Rey quedára mi Granada huérfana.—  
La vida le debí: llegarais tarde  
si ántes él no acudiera á mi defensa.  
Mi púrpura vestidle y que en Granada  
entre á la par conmigo, y á mi diestra:  
con mi estandarte Real en las batallas,  
á mi lado de hoy más lidiar le vean,  
y en su poder y en su favor conmigo  
honrado premio y merecido tenga:  
y ¡sús! á recoger, que ya el cristiano  
ha pasado en desórden la frontera,  
y á Granada llevemos la victoria  
y del vencido la perdida presa.—  
Y cabalga Ismail en un caballo  
que sus humildes siervos le presentan,  
y á Ataide con la púrpura vistiendo,  
otro caballo igual gratos le muestran.  
Marcha de triunfo tocan atabales,  
y añafiles, dulzainas y trompetas,  
y en la impaciencia de ostentar su triunfo  
rápidos cruzan la tendida vega,  
y por Elvira en la ciudad alegre  
en cerrado escuadron altivos entran,  
y del rey Ismail al par marchando,  
las hermosuras que Granada encierra;  
ven al hermoso Ataide y le codician  
al verle junto al Rey de tal manera,  
y Ataide, el desdichado, va llorando,  
la mente en Leila y en su madre puesta,  
y que es de gozo por su altivo triunfo,  
los que le miran, con envidia piensan.

### XIII.

A la Alhambra le llevó  
el Rey, y con él entrando  
en la sala de Comares,  
viendo que su acervo llanto  
no cesaba, interrogóle:  
Ataide en acento opaco  
le contó su desventura,  
y el Rey atento escuchando,  
cuando brevemente Ataide  
finó su triste relato  
le dijo con grave acento,

pero cariñoso y blando:  
—Es misterioso y terrible  
el decreto de los hados:  
se cumple lo que está escrito:  
si por tu madre en espanto,  
Ben Jucef el Meriní  
huyó en su fuga lanzando  
una maldicion, ¿qué piensas  
que esto fué?

—Yo no lo alcanzo  
—exclamó Ataide abatido.

—Ben Jucef sabrá explicárnoslo  
—dijo el Rey:—y de su guardia  
al punto un kaid llamando  
le mandó fuese á la casa  
de Aben Jucef con mandato  
de que, sin perder momento,  
se presentase en palacio.  
El kaid salió, y á poco  
volvió trayendo recado  
de que en aquel mismo dia  
Ben Jucef, abandonando  
á Granada con su hija,  
con una guardia de esclavos  
y á su torre de Almuñécar  
el camino enderezando,  
á pasar al Mogreb iba  
resuelto y determinado.

—¿Cuándo partió?—dijo el Rey.  
—Al amanecer.

—¡No ha estado  
entónces en la batalla!  
Que enjaecen dos caballos;  
tú kaid con cien zenetes  
nos iréis acompañando.  
Véte.—Y tú no desesperes,  
que, pues salvaste bizarro  
mi vida, yo salvaré  
tu corazon en los brazos  
de Leila, ó con su cabeza  
Ben Jucef me dará el pago.—  
Poco despues, sin reposo  
de su abrumador cansancio,  
el Rey y Ataide partian,  
sirviéndoles de resguardo  
cien alentados zenetes  
en poderosos caballos,  
y por la puerta de Lachar  
lanzándose sobre el campo,  
atravesando el Genil,  
hácia la costa bajando,  
por la falda de la sierra  
tomaron al trote largo.

#### XIV.

Ya el sol sobre su ocaso descendia  
abrilantando las hinchadas aguas,  
y en el brumoso y cárdeno horizonte  
rojas, cual sangre, amenazantes ráfagas,  
próxima tempestad y formidable  
fatídicas, siniestras, auguraban,  
cuando el Rey por las puertas de Almuñécar



se metió con Ataide y con su guardia.  
Transidos, sudorosos los caballos  
de la violenta presurosa marcha,  
por montañas que al cielo se atrevían,  
por valles que al abismo se humillaban,  
inútiles al fin hubieran sido  
á seguir la durísima jornada.  
Supo el Rey que Jucef partido había  
con rumbo hácia la roca solitaria,  
que avanzada á la mar con su arrecife  
desde los muros, al levante, vaga,  
coronada de niebla se veía  
como un siniestro aterrador fantasma.  
Aun léjos de ella, sobre el mar inquieto,  
á toda vela un barco se alejaba,  
y de sus remos la pujante fuerza  
ayudaba del viento á la pujanza.  
—¡A la playa!—con voz temblando en ira  
el Rey prorumpe, y á la playa bajan;  
se quedan los caballos en la arena,  
el Rey y Ataide y los zenetes saltan  
á una larga y fortísima almadía,  
que las agudas velas desplegadas,  
el arraez atento al gobernalle,  
la chusma al remo en las salientes bandas,  
su bandera de rey enarbolando,  
del barco de Jucef se pone en caza;  
crecen las sombras y la bruma crece;  
las olas, cual montañas, se levantan  
rodando en turbillon, rugiendo horribles  
al formidable empuje de la racha;  
crujen atormentadas las maderas,  
saltan silbando las forzadas jarcias,  
y el Rey, que se mantiene en la crujía,  
Ataide al lado, que agoniza y calla,  
el Rey, que sin pavor mira la furia  
del viento y de las olas encrespadas,  
grita con ronca voz:—¡Cargad las velas!  
¡á la chusma azotad! ¡la fuerza brava  
venced del mar y el viento! ¡avante, adelante,  
que ese infame traidor se nos escapa!—  
Y tanto reman, tanto maniobran,  
que al fin la nave de Jucef alcanzan,  
y los enormes ganchos de abordaje  
en ella aferran y su mura asaltan;  
como una tromba los zenetes entran,  
cuanto á su paso encuentran desbaratan,  
y al castillo de proa el Rey acude,  
donde Jucef, inmóvil, se levanta.  
Una mujer, que doblegada llora,  
cuya flotante vestidura blanca  
se señala en la sombra, ante él se mira  
de feroces esclavos rodeada.  
—¡Leila!—con voz de angustia Ataide grita.  
—¡Tuya en la eternidad!—llorando exclama  
la mísera doncella.—El Rey, airado,  
llega á Jucef, y con la voz que manda  
segura del respeto y la obediencia:  
—¡Dame á Leila en el punto—dice—ó guarda!  
Se estremece Jucef y en voz horrenda  
prorumpe en su furor:—¡La infame al agua!—  
Y se oye un grito de terror que hiela,  
sobre la mura, despedida salta  
una blanca figura que la ola

en su espumosa cresta coge avara.  
Se demuda Ismail, silba su acero  
arrancado con furia de la vaina,  
y en el instante mismo la cabeza  
de Jucef, de su tronco cercenada  
por el terrible golpe, de la proa  
rebota horrible y á la mar se lanza:  
y Ataide, de dolor desesperado,  
del castillo se arroja, la mar gana,  
y allí á donde una blanca vestidura  
sobre las ondas flota, ansioso nada;  
sus esfuerzos redobla, avanza, llega,  
y la cabeza de Jucef le aparta,  
chocando en su cabeza, y siempre y siempre  
que domina su vértigo y mar gana,  
para llegar á Leila, formidable  
la cabeza cruel lo estorba airada.  
Leila, al fin, desaparece entre las olas;  
Ataide, loco de dolor, desmaya,  
enervados sus miembros se entorpecen  
y las olas horrisonas le tragan.  
Desaferrada en tanto la almadía  
por salvar á los náufragos avanza;  
monta las olas y á la fin se encuentra  
en frente de la roca en que, irritada,  
rompe la mar con fragoroso estruendo,  
y hasta la gruta sus espumas lanza.  
Con asombro del Rey y de los suyos  
la gruta gigantesca iluminada  
por lívido fulgor fosforescente  
se muestra, y de hermosura sobrehumana  
esplendorosa, Leila, ansiosa gira,  
buscando á Ataide que incesante vaga  
en el pálido ambiente, y que angustioso  
de amor, de espanto y de dolor en ansia  
á ella tiende los brazos, que le mira  
la rubia cabellera destrenzada,  
y los brazos le tiende, y siempre y siempre  
que se aproximan, en su giro, rauda,  
revolviendo sus ojos infernales  
la sangrienta cabeza los separa.  
Al ver esta vision la frente humilla  
el creyente Ismail, y en voz ahogada:  
—¡Dios solo—dice—sabe los misterios  
que en el humano corazon se guardan!  
¡Él solo sabe lo que estaba escrito!  
¡Él sus criaturas, ó condena, ó salva!  
¡Infierno del amor, de tí me aparto!  
¡que Dios tenga piedad de esas tres almas!

## XV.

Y el Rey contó la tradicion sombría  
de la espantosa roca, que aún se guarda,  
y que en los bellos cuentos de la costa  
aún el INFIERNO DEL AMOR se llama.

FIN.

**PRECIO:**  
**Una peseta en toda España.**

---

---

\*\*\* END OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK EL INFIERNO DEL AMOR:  
LEYENDA FANTASTICA \*\*\*

Updated editions will replace the previous one—the old editions will be renamed.

Creating the works from print editions not protected by U.S. copyright law means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg™ electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG™ concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for an eBook, except by following the terms of the trademark license, including paying royalties for use of the Project Gutenberg trademark. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the trademark license is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. Project Gutenberg eBooks may be modified and printed and given away—you may do practically ANYTHING in the United States with eBooks not protected by U.S. copyright law. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

**START: FULL LICENSE**

**THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE**

PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg™ mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase “Project Gutenberg”), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg™ License available with this file or online at [www.gutenberg.org/license](http://www.gutenberg.org/license).

**Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg™ electronic works**

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg™ electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg™ electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg™ electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. “Project Gutenberg” is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg™ electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg™ electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg™ electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation (“the Foundation” or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg™ electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is unprotected by copyright law in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you

from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg™ mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg™ works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg™ name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg™ License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg™ work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country other than the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg™ License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg™ work (any work on which the phrase “Project Gutenberg” appears, or with which the phrase “Project Gutenberg” is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere in the United States and most other parts of the world at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org). If you are not located in the United States, you will have to check the laws of the country where you are located before using this eBook.

1.E.2. If an individual Project Gutenberg™ electronic work is derived from texts not protected by U.S. copyright law (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase “Project Gutenberg” associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg™ trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg™ electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg™ License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg™ License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg™.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg™ License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg™ work in a format other than “Plain Vanilla ASCII” or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg™ website ([www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original “Plain Vanilla ASCII” or other form. Any alternate format must include the full

Project Gutenberg™ License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg™ works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg™ electronic works provided that:

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg™ works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg™ trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg™ License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg™ works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.
- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg™ works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg™ electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the manager of the Project Gutenberg™ trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread works not protected by U.S. copyright law in creating the Project Gutenberg™ collection. Despite these efforts, Project Gutenberg™ electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg™ trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg™ electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH 1.F.3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a

refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS', WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg™ electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg™ electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg™ work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg™ work, and (c) any Defect you cause.

## **Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg™**

Project Gutenberg™ is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need are critical to reaching Project Gutenberg™'s goals and ensuring that the Project Gutenberg™ collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg™ and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation information page at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org).

## **Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation**

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non-profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at [www.gutenberg.org/contact](http://www.gutenberg.org/contact)

## **Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation**

Project Gutenberg™ depends upon and cannot survive without widespread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine-readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt

status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit [www.gutenberg.org/donate](http://www.gutenberg.org/donate).

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: [www.gutenberg.org/donate](http://www.gutenberg.org/donate)

## **Section 5. General Information About Project Gutenberg™ electronic works**

Professor Michael S. Hart was the originator of the Project Gutenberg™ concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For forty years, he produced and distributed Project Gutenberg™ eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg™ eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as not protected by copyright in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our website which has the main PG search facility: [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org).

This website includes information about Project Gutenberg™, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.